



VERDAD Y ANUNCIO DE LA FE

Año IV, nº 8, 6 de diciembre de 2009



EVANGELIO DE LA SEMANA

Lucas 3, 1-6

En el año quince del imperio de Tiberio César, siendo Poncio Pilato procurador de Judea, y Herodes tetrarca de Galilea; Filipo, su hermano, tetrarca de Iturea y de Traconítida, y Lisania tetrarca de Abilene; en el pontificado de Anás y Caifás, fue dirigida la palabra de Dios a Juan, hijo de Zacarías, en el desierto.

Y se fue por toda la región del Jordán proclamando un bautismo de conversión para perdón de los pecados, como está escrito en el libro de los oráculos del profeta Isaías: Voz del que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas; todo barranco será rellenado, todo monte y colina será rebajado, lo tortuoso se hará recto y las asperezas serán caminos llanos. Y todos verán la salvación de Dios.

ESTA SEMANA:

TESTIMONIO: El Padre Trampitas

CONFIRMANDO LA FE: El testimonio de Juan surge en el desierto

TESTIMONIO

Juan Manuel Martínez, el Padre Trampitas se hace preso para evangelizar a los presos.

Las Islas Marías. Sí. A algunos nos suena a cárcel, a criminales de siete homicidios para arriba, a gente altamente peligrosa, a seres desalmados purgando su condena, perpetua las más de las veces... Una cárcel "natural", sin paredes, donde la inmensidad del Océano Pacífico le trunca a cualquiera las ganas de escaparse.



Durante más de treinta años vivió aquí un preso. Un preso más. Que comía como cualquier otro preso. Sujeto a las leyes de la prisión. Privado de su libertad. Encerrado. Ninguna diferencia. Bueno, una. Este preso... era voluntario.

Sí. Lo que oyes. Un preso voluntario. Quiere decir que a él nunca le capturó un comando especializado de la Policía después de incontables meses de búsqueda. Quiere decir que no llegó amarrado ni custodiado por seis fornidos guardias de seguridad. Quiere decir que ningún juez le condenó a cadena perpetua en las Islas Marías. Quiere decir que ni mató ni robó ni nada que se le parezca. Preso voluntario.

Su nombre: Juan Manuel Martínez. Su apodo: el Padre Trampitas. Sí. Un sacerdote católico.

Tan preso que cuando el Papa Juan Pablo II visitaba por primera vez México en 1979, el P. Trampitas solicitó al Jefe de la cárcel un permiso especial para ir a alguna de las ciudades por donde el Papa iba a pasar. El permiso se atoró a medio camino y nunca llegó. Y se quedó sin ver al

Papa. Él, que era sacerdote. Sacerdote hecho preso voluntariamente. Con todas sus consecuencias.

Numerosos hombres de siete homicidios para arriba, mujeres purgando una larga condena por sus crímenes... pudieron encontrar a Dios y morir en paz gracias al testimonio y labor del P. Trampitas.

Un sacerdote preso voluntario cuyas cenizas están ahí, presas entre los presos de hoy y de mañana.

“Venid benditos de mi Padre, porque estuve en la cárcel y vinisteis a visitarme.”

Testimonio relatado por el Padre Juan Manuel Martínez

CONFIRMANDO LA FE

El Testimonio de Juan surge en el desierto

Hacia los años 28/29 de nuestra era, apareció en la escena de Palestina un profeta de Dios, llamado Juan, que recorría la comarca del Jordán **«predicando un bautismo de conversión para el perdón de los pecados»**. Así lo dice Lucas en el evangelio de hoy.

En aquel momento de la historia romana, aparentemente, todo está en orden: desde su refugio en la isla de Capri, el emperador Tiberio gobierna las naciones, sin necesidad de movilizar sus legiones. Desde Cesarea, el prefecto Pilato rige con dureza la región de Judea. En Jerusalén, por su parte, todo discurre con relativa paz: José Caifás, sumo sacerdote desde el año 18, se entiende



bien con Pilato. Ambos logran mantener un difícil equilibrio que garantiza los intereses del imperio y los del templo.

Pero, mientras todo *«marcha bien»*, ¿quién se acuerda de las familias que van perdiendo sus tierras en Galilea?, ¿quién piensa en los indigentes que no encuentran sitio en el imperio?, ¿adónde pueden acudir los pobres si desde el templo nadie los defiende? Allí no reina Dios sino Tiberio, Antipas, Pilato y Caifás. No hay sitio para nadie que se preocupe de los últimos. Todo está reservado para uso y disfrute, demasiadas veces desordenados, de quienes mandan política o religiosamente.

En ese mundo Dios no tiene sitio. Su palabra no se escucha en la villa imperial de Capri. Nadie la oye en el palacio herodiano de Tiberíades ni en la residencia del prefecto romano de Cesarea. Tampoco se deja oír en el recinto sagrado del templo. El boato de los dirigentes, la grandilocuencia de la jerarquía religiosa o la disipación y corrupción de los poderes administrativos no dejan lugar al silencio y recogimiento en el que se ve y se escucha al Señor. Por eso, **«La Palabra de Dios vino sobre Juan, en el desierto»**.

Juan, lo mismo que Jesús, se retiró al desierto para orar y reflexionar, es decir, para escuchar la palabra y los mensajes de Dios. Sólo en el desierto –silencio/paz– se puede escuchar de verdad la llamada de Dios a **«cambiar»** el mundo. Juan miró en su interior, llamó a la puerta de su Dios, bebió de su boca el mensaje mesiánico y comprometió su vida en ser el profeta, el **«testigo»** de su palabra: **«la salvación de Dios»**.

Un testigo *«testigo incómodo»*: el testimonio de Juan dejaba en evidencia a quienes ostentaban el poder civil y religioso en su tiempo, por eso resultaba especialmente incómodo. Esa incomodidad tenía que ver con el cambio de vida y costumbres que pedía sobre todo a los dirigentes, pero también a todos sus paisanos de entonces y de ahora, porque era/es la única manera de preparar el camino al Señor, de hacer posible su venida, de estar en condiciones de aceptar su promesa y de ser, con nuestro ejemplo de vida, *«testigos incómodos»* ante el mundo para que **«todo mortal vea la salvación de Dios»**.